

cunda movilidad del sentimiento, que se inspiraba y nutria con los variados accidentes de la vida comun del pueblo. Ya alegre y fugaz, como el instante en que nacia; ya graciosa, pintoresca y riente, como el suelo en que brotaba; ora gravemente sentenciosa ó ligeramente epigramática; ora recatada, y profundamente melancólica, mostrábase la inspiracion popular formulada en breves, sueltos y expresivos cantares, que mientras revelaban enérgicamente el sentimiento artístico de la muchedumbre, eran como depositarios vivientes de sus creencias y de sus aspiraciones, y clarísimo espejo de los no aprendidos afectos, que en armónica sucesion constituían la actualidad de la cultura española. Copiosas debían ser en verdad este linaje de canciones, y lo fueron en efecto.—Cuándo, dirigiéndose en general á pintar los goces, desdenes y temores del amor, ofrecían delicados pensamientos é interesantes situaciones, tales como las que se reflejan en aquellos cantares de:

¿Á quién contaré yo mis quexas,  
mi lindo amor?  
¿Á quién contaré yo mis quexas,  
si á vos non?

Dexaldos, mi madre, mis ojos llorar,  
pues fueron á amar.

Aunque soy morenita é prieta  
á mí qué se me dá?...  
Que amor tengo que me servirá.

Qué avedes, qué?  
Mal de amores hé.

Sollades venir, mi amor,  
mas agora non venides, non 1.

Cuándo, refiriéndose á las escenas particulares de la vida campestre, trazaban en ligeros y afortunados rasgos picantes ó

1 Salinas, *De Música*, págs. 326, 338, 325, 305 y 344.

candorosos cuadros, como en aquellas canciones, cuyos bordoncillos son:

De rosas é flores,  
que cria el verano,  
faréte guirlandas,  
perladas con llanto, etc.

Cata el lobo dó vá, Juanica;  
cata el lobo dó vá.

Segador, tírate afuera:  
dexa entrar la espigadera.

Guárdame, guarda las vacas,  
Carillo, é besarte hé 1.

Cuándo, volviéndose al conjunto de la sociedad, determinan, no sin dolorosa melancolía, el triste divorcio que empezaba á operarse entre nobles y pecheros ó la diferencia de razas que todavía la constituyen, como en aquellos romancillos y cantares, que comienzan:

Casóme mi padre  
con un caballero:  
cada hora me llama  
fija de un pechero;  
é yo non lo soy.

Llamáisme villana  
é yo non lo soy, etc.

Perricos de mi señora,  
non me mordades agora, etc.

¿Qué me quereys, el caballero?...  
Casada me soy; marido tengo.

Más me querría un çatico de pan  
que non tu saludar.

Aquella morisca garrida

1 Id., id., págs. 337, 344, 345 y 348.



sus amores dan pena á mi vida, etc. 1.

Cuándo, aludiendo á la vida de religion, ó á los sucesos presentes de la política, manifiestan por último el vario juicio de la muchedumbre respecto de los mismos, como en aquellas coplas:

Monjica en religion me quiero entrar,  
por non mal maridar, etc.

Meteros quiero monja,  
hija mia de mi corazon.  
—Que non quiero ser monja, non.

Milagro bien sería  
si vos, señora mia,  
tomásedes monjía, etc.

Ea, judios,  
á enfardelar!...  
los reyes mandan  
pasar la mar.

Ó en aquellas que consignando el destronamiento de don Fadrique de Nápoles y la division de su reino entre Luis XII y el Rey Católico, empiezan:

Á la mia gran pena forte 2.

1 Id., id., págs. 338, 356, 325, 320 y 327.

2 Id., id., págs. 300, 302, 299 y 312.—Oviedo, *Catálogo imperial, real y pontifical*, sexta Edad, fól. 377, col. 2. Nuestros lectores comprenderán fácilmente que calificados todos estos cantares de *notissima cantilena*, *vulgaris cantio*, *notissimus cantus* por el docto Salinas, quien los recoge y fija el aire musical, con que eran entonados (cantitantur, panguntur) en la primera mitad del siglo XVI, se refieren indudablemente á los primeros dias del mismo siglo y aun á la segunda mitad del anterior. De algunos, tales como en el que se habla de la expulsion de los judios y del destronamiento de don Fadrique de Nápoles, tienen fecha conocida, pues que el primero hubo de componerse en el plazo concedido por los Reyes Católicos á la raza hebrea para salir de sus dominios (1492), y del segundo sabemos por declaracion del citado Oviedo, que era cantado en Madrid por Ludovico el del Harpa, aun en la cámara del Rey Católico.—La tradicion oral guarda memoria de otros cantos, en que se consigna tambien, aunque

Ni dejaba tampoco de reflejarse esta creciente autoridad de la popular poesia en más directas esferas de la vida pública, ejerciendo el ministerio de la sátira ó respondiendo con ardoroso y leal aplauso á los prósperos sucesos, que á la nacion interesaban. Obedeciendo esta ley, vieron ya los lectores cómo en el mismo periodo, que abrazamos ahora, castigó Simancas la tiranía del arzobispo Carrillo en aquella cancion de:

Esta es Simancas,  
don Oppas traydor, etc.

y cómo saca más adelante el sentimiento popular á la vergüenza las intrigas cortesanas en el cantarillo, que lleva el mote de:

Cárdenas, é el Cardenal,  
é Chacon, é fray Mortero  
traen la córte al retortero 1.

Con más intencionada y punzante sátira habia motejado los escándalos de don Fernando de Portugal y de la esposa de Juan Lorenzo de Acuña, el de los cuernos de oro, en la cancion que empezaba:

¡Ay, donas! ¿por qué tristura?... 2

indirectamente, la fecha en que fueron compuestos ó nacieron entre el vulgo: notable es en este concepto aquella cancion que dice:

La reina doña Isabel  
puso sus tiros en Baza;  
y yo los he puesto en tí,  
para rendir tu arrogancia.

En cuanto á los cantarillos amorosos, satíricos y de otros géneros, relativos á la edad que abrazamos en el presente capítulo, conviene advertir que sólo nos referimos á los más característicos, siendo en extremo abundantes los que hemos recogido para realizar este estudio. Lícito juzgamos añadir que muy pocos de ellos figuran en el *Cancionero popular, coleccion escogida de seguidillas* (vueltas las llama Salinas) y *coplas*, recogidas y ordenadas por nuestro singular amigo don Emilio de la Fuente; coleccion dada á luz cuando imprimiamos este volumen.

1 Véase en el tomo XV el cap. XIII, pág. 541.

2 En el *Compendio historial*, que publicó Llaguno y Amirola al pié del *Sumario de los Reyes de España* del despensero de la reina doña Leonor, probando que fué escrito durante el reinado de Enrique IV (1454 á 1474), leemos refiriéndose á don Juan I: «Casó segunda vez con doña Beatriz, hija del rey don Fernando de Portugal é de la muger de Juan Loren-



Y dando rienda á la esperanza, tras las amargas censuras de la corte de Enrique IV, exhalábase en halagüeños cantares, tales como los que celebraban el casamiento de Isabel I.<sup>a</sup> <sup>1</sup>, y los triunfos alcanzados por don Fernando en Zamora y Toro, repitiéndose al visitar las villas y ciudades del reino, el grato espectáculo, que habia enaltecido en siglos precedentes el amor del pueblo español respecto de sus reyes. Grande fué el regocijo de los toledanos en los primeros dias de 1476, al recibir á los Católicos, festivándolos con numerosa cohorte de tañedores, tromperos, juglares, danzadoras y *cantaderas* <sup>2</sup>, y no menor el júbilo de los moradores de Sevilla, cuando en 1478 salió á misa la reina Isabel, acompañada de su esposo. «Ybanles festivando (escribe un testigo ocular) muchos ynstrumentos de trompetas, é otras muchas é muy acordadas músicas que yban delante de ellos, é yban allí muchos *decidores* de la cibdad á pié, de los mejores», etc. <sup>3</sup>. Con igual espontaneidad, y compitiendo en la

«zo de Acuña, que este rey don Fernando le tomó por amores que della ovo; é por esta se levantó la cançion que dice:

¡Ay, donas! ¿por qué tristura?...

»y por esta causa el dicho Juan Lorenzo traia unos cuernos de oro en la cabeça por estos reynos de Castilla; y el rey don Fernando de Portugal casó con ella y fué llamada la Reyna doña Isabel, que la decían *la flor de altura*» (Sum., cap. XLII, pág. 79).

1 Véanse las págs. 187 y 328 del presente volumen.

2 Véase la pág. 187, citada en la nota anterior.

3 Andreas Bernaldez, Cura de Los Palacios, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. XXXIII.—Que esta popular y antiquísima costumbre no llega á borrarse en medio de la decadencia y vergonzoso letargo, que caracteriza los reinados de los sucesores de Enrique II, pruébanlo las frecuentes alusiones que á ella hacen los escritores que en los mismos florecen, mereciendo ser tenido en cuenta, bajo tal concepto, el autor de la *Crónica Sarracina*. Ponderando Pedro del Corral la grandeza de las fiestas con que obsequian los toledanos al rey don Rodrigo, escribía: «Et non vos podrie vome desir cuántas eran las gentes de juglares et de trasechadores é jugadores de esgrimas, et de encantadores, et de arte de nigromancia, et de sonadores de instrumentos, et de oficiales de todos los oficios liberales, et de maestrías que á esta fiesta fueron venidos» (cap. LXXVIII). Los visibles anacronismos que revelan estas líneas, prueban eficazmente la observación por nosotros expuesta.

magnificencia y el aparato, vemos festejar durante todo aquel largo reinado á estos ilustres principes las más populosas ciudades del reino, subiendo de punto el entusiasmo popular á medida que eran mayores los triunfos de las armas cristianas; consideración que nos lleva naturalmente á fijar la vista en otro linaje de inspiraciones, no menos espontáneas, cuyo carácter general y cuyas principales tendencias dejamos repetidamente indicados <sup>1</sup>.

Bien se advertirá que hablamos de los cantares, conocidos con el nombre de *romances*. Consagrados estos hasta mediar del siglo XIV á enalzar las proezas de los paladines de la religion y de la patria, habian ofrecido un interés esencialmente histórico, segun ámpliamente demostramos en lugares oportunos. Separada á deshora de su cauce natural la corriente de la reconquista, merced á los disturbios civiles que ensangrientan la España Central, tras la inesperada muerte de Alfonso XI, reducidos á dolorosa inacción todos los elementos de vida atesorados antes por Castilla, como inevitable fruto de la indolencia y apocamiento de Enrique II y de sus sucesores; lanzadas sobre el suelo ibérico las falanjes de aventureros que en uno y otro campo acaudillan el Príncipe Negro y el Condestable de Francia; y dueños por último los favorecedores de Enrique del poderío y las riquezas, insinuábase, con los instintos feudales acariciados por aquellos nuevos próceres, el gusto de la *literatura andantesca*; y mientras producía entre los que se pagaban de ilustrados los efectos que recordamos en el capítulo precedente <sup>2</sup>, propagábase á las esferas populares, donde hallaban acogida, entre los héroes reales de la nacion, los paladines caballerescos. Prefiere en primer lugar el sentimiento de la muchedumbre, como notamos antes de ahora, y honra en sus cantos á los personajes y caudillos, que ejercitan su esfuerzo y llevan á cabo prodigiosas hazañas contra la morisma; mas asentada ya su planta en aquel nuevo terreno, no solamente procura ensanchar sus horizontes, tributando admiración y aplauso á los héroes creados al calor de la inspiración caballeresca por los ingenios

1 Tomo II, *Ilustracion IV*; tomo IV, cap. XXIII.

2 Pág. 375.



españoles, sino que acoge y hace suyas multitud de leyendas, verdaderamente fantásticas, cuyo origen estaba por cierto muy distante de la vida actual, y congeniaba difícilmente con las tradiciones heroicas de la Península.

Realizábase lo primero más principalmente en las regiones centrales: extendíanse y arraigaban las expresadas leyendas así en las orientales como en las occidentales, penetrando al par en las montañas de las dos Asturias; y hallando asilo en la tradición oral, se vinculaban en el amor de la muchedumbre, que los trasmite á nuestros días.—La lengua hablada por el Rey Sabio y el romance empleado en sus celebradas cantigas, así como el idioma portugués y los romances catalan, mallorquin y valentino, se prestaban, cual dócil instrumento, á modular aquellos cantares, que forman todavía el patrimonio poético de valles y montañas, no recogidos ó no dados á la estampa, como vivamente anhelan cuantos al estudio de las letras se consagran <sup>1</sup>. De esta manera, en tanto que van logrando no poca popularidad y estima los *cantares* que reconocen su primera fuente en las historias del ciclo carlowingio; en tanto que se asocian y hermanan con ellos, para abrir el camino á los derivados *del Amadís de Gaula* y de sus primeras imitaciones, los que se inspiran en las ficciones de Lanzarote, don Galaz y otros héroes de la caballería <sup>2</sup>, vemos formularse al par en las expresadas

<sup>1</sup> Notamos en la *Ilustración IV* del tomo II, al investigar los orígenes de los metros populares, que el ilustrado Almeida Garret en Portugal y el docto Milá y Fontanals en Cataluña habían recogido numerosos romances, dándolos felizmente á luz; y añadimos que el bibliotecario don Mariano Aguiló tenía asimismo allegado de Cataluña y Mallorca copioso é interesante romancero. Tres largos años van transcurridos, y los amantes de las letras patrias siguen anhelando que aquel infatigable colector haga del público dominio los tesoros por él acopiados, siendo para nosotros sensible al disponer el presente estudio para la prensa, el no poder hacer uso de las observaciones, que algunos de los romances referidos nos han ministrado, pues que sólo los hemos oído en poder del señor Aguiló.

<sup>2</sup> El erudito Diego de Búrgos en su *Triunfo del Marqués de Santillana*, hablando de los libros de caballerías más conocidos y populares, cuando escribe el referido *Triunfo* (1458), dice:

Verás *Lançarote*, | que tanto façia,

lenguas y dialectos unas mismas leyendas, sometiéndose en todas partes á los accidentes de la localidad; condicion suprema que las legitimaba en todas, dándolas carta de naturaleza.

Interesante, y de gran efecto para los presentes estudios, sería sin duda el exponer aquí el resultado de la comparación crítica de todas estas singulares tradiciones, que se ingieren con tanta fuerza en las nacionales, y que han vivido hasta nuestros días fiadas sólo á la trasmisión oral en tan apartadas regiones. Mas no siendo cumplidero este especial trabajo, sin consagrarle numerosas páginas, lícito nos será el reducir nuestras observaciones á las más aplaudidas leyendas, prefiriendo desde luego, por menos conocidas, las que se han perpetuado en las provincias de Portugal y en las montañas de Asturias, donde han sido recogidas por nosotros mismos de boca de respetables ancianos y modestas jóvenes, que las aprendieron junto á la cuna <sup>1</sup>. Y anteponeamos estos romances á los derivados inme-

quando cón muchos | vino á los trances,  
Galaz con los otros, | de quien los romances  
façen proçeso | que aquí non cabría.

Es pues evidente que al morir el sabio Marqués de Santillana, que había calificado de *infimos* los *cantares é romances* de que *la gente se alegraba*, andaban ya en boca de los vulgares y aun de los semidoctos los *romances de Lançarote y don Galaz*, como se cantaban otros muchos. Diego de San Pedro, que escribe su *Cárcel de Amor* en la primera juventud, esto es, en la corte de don Juan II, escribía al tratar de las excelencias de las mugeres: «Por las mugeres se inventan los galanes entretalles, las discretas bordaduras, las nuevas invenciones; nos conciertan la música é nos fazen gozar de las dulçedumbres de ella. ¿Por quién se assuenan las dulçes cançiones? ¿Por quién se cantan los lindos romances? ¿Por quién se acuerdan las voces? ¿Por quién se adelgazan y sotilizan todas las cosas, que en el canto consisten?» Los testimonios no pueden ser más fehacientes. Notable es sin embargo que solo se hayan transmitido á nuestros días tres romances derivados de las *crónicas* ó libros del ciclo breton, según manifestó ya el docto Duran (*Romancero General*, tomo I, pág. 197).

<sup>1</sup> Publicamos ya en 1860 en el *Jahrbuch für romanische und englische Literatur*, que se dá á luz en Berlin bajo la dirección del ilustre don Fernando de Wolf, algunos de estos romances, precedidos de una carta dirigida al referido crítico, en la cual le decíamos al propósito: «Hélos recogido (los romances) no sin fatiga, aprovechando las romerías, fiestas religiosas, y harto frecuentes en Asturias y que ejercen notabilísima influencia en el



diatamente de los libros caballerescos, aunque es por extremo difícil determinar sus orígenes y señalar la comarca donde arraigan primero, en medio de la variedad prodigiosa de las leyendas y tradiciones, que atesoran, porque ofrecen desde luego mayor interés, revelan mayor espontaneidad y á pesar de las inevitables alteraciones, nacidas de la fragilidad del instrumento de trasmisión, conservan en su conjunto más vigorosos rasgos de antigüedad, cobrando en consecuencia el más subido precio.

Llámanos ante todo la atención los romances que en la colección formada por nosotros, van clasificados bajo el doble epígrafe de *novelescos y caballerescos*, y entre ellos los que hemos designado con los títulos de: *El caballero burlado*; *La hija de la Viudina*; *Delgadina*; *El honor vengado*; *Doña Ana*; *La esposa fiel*; *Arbola*; *La Princesa Alexandra*; *Filomena*; *La Infantina* y *Las Hijas del Conde Flores*.

Ofrece el primero (*El caballero burlado*) notables analogías con otros dos romances, portugués el primero y castellano el segundo, intitulados *Á Infeitçada* y *La Infantina*<sup>1</sup>. Perdido un

estado moral de sus habitantes. Derramados estos en valles y montañas, á tal punto que viven del todo incomunicados, no sería hacedero formar concepto de la población, sin aquellas populares reuniones, en que al reclamo de la devoción se juntan y congregan los vecinos de dos ó más concejos para festejar al santo que la Iglesia celebra, con ramos, danzas y cantares... En las romerías asturianas aparece la vida que se vá y la vida que viene: en ellas abren las ancianas el pecho al placer de inocentes goces y la mente al recuerdo de las narraciones maravillosas, que formaron la devoción más acendrada y la más apasionada admiración en romances y cantares, aprendidos alrededor de la cuna, y en ellos repiten sus nietezuelas con labio inseguro esos cantares, que sirven de incentivo á la piedad y de encanto á la infantil fantasía... Allí, pues, reuniendo despedazados fragmentos, cuyo engaste me ha sido de todo punto imposible, ó teniendo la fortuna de hallar una ó más versiones de un mismo romance, he formado el pequeño, bien que vario y no descolorido, ramillete, que dedico á la Revista (el *Jahrbuch*), etc. Nueva expedición á las montañas asturianas nos ha permitido enriquecer sobremanera la colección indicada, que aguarda, según ya notamos, ocasión oportuna para salir á luz.

<sup>1</sup> El portugués ha sido publicado por vez primera en el muy aprecia-

caballero en mitad de un monte, halla acaso una princesa de extremada hermosura: la doncella, que se le confiesa cristiana, prométele sacarlo del peligro y juntos caminando por medio de la espesura, pagado el caballero de su belleza, la requiere de amores. Fingiéndose hija de un leproso (*malato*), logra evitar la princesa su deshonor, á punto que saliendo de la montaña y oyendo las campanas de la villa, tórnase al caballero *con la su faz alegrina*, para manifestarle que ha sido por ella burlado. En tal momento exclama:

—Á fijas de rey en monte  
creyestes lo que dezian!...  
Fiz puesta con mis hermanos  
cien vasos de plata fina,  
de rondar con vos el monte,  
volver con honra á la villa.  
—Atrás, atrás, la señora;  
atrás, atrás, vida mia:  
que en la fuente, dó bebimos,  
quedó mi espada perdida.  
—Miente, miente el caballero;  
que la traedes ceñida 1.

Tiene el segundo (*La hija de la Viudina*) grandes puntos de contacto con el señalado bajo el título de *El honor vengado*, y presenta no insignificante correspondencia con otro portugués, apellidado *Á Romeira*<sup>2</sup>, desenvolviendo análogo pensamiento

ble *Romançeiro*, recogido de la tradición oral por el docto Almeida Garret (Lisboa, 1851): el castellano se imprimió dos años antes por el diligente Duran en el tomo I, pág. 152 de su *Romançero General*. Ambos críticos ignoraban que existiese esta versión asturiana, que ofreciendo notabilísimos vestigios de antigüedad, muestra en todos los accidentes locales, no haber sido la última en formularse. Almeida y Duran juzgan esta tradición originaria de Francia: en la versión de Asturias no hay rasgo exterior, que así lo persuada, si bien no tenemos por infundada la conjetura.

<sup>1</sup> Le hemos dado el número XXI en nuestra colección, y empieza:

Allá arriba, en aquel monte,  
allá, en aquella montaña  
dó cae la nieve á copos  
é el agua muy menudina, etc.

<sup>2</sup> Almeida Garret, *Romançeiro*, tomo III, pág. 3.—Difiere no obstante



moral que encierra el ya referido del *Caballero burlado*. Paseándose la *Viudina* con dos hijas suyas, vénlas dos caballeros; y mientras disputan sobre cuál es más hermosa, diríjense entrada la noche á su casa, donde dormían ya las doncellas. Deseando salvarlas, responde la Viudina negativamente á la demanda de los caballeros; mas no aquietados estos, despierta la más jóven y vistiéndose á toda prisa, despídese de su madre y de su hermana, partiendo con los desconocidos. Llegados á una fuente, que corría por medio de un robledal, es la *hija de la Viudina* requerida de amores, sin que basten á escudarla ruegos ni protestas. Resuelta á defender su honra, apodérase de un puñal que se había caído en la refriega á uno de los caballeros, y asestándole sañudo golpe, le derriba muerto, no sin que la demande al caer perdon, diciendo:

—Perdon á los cielos pido,  
é á vos mi perdon pedia,  
porque perdonarme quiera  
la Virgen Santa María.  
Con el agua de la fuente  
diérale perdon la niña:  
con el agua de la fuente  
sus pecados lavaria.

Prendado el otro caballero de tal entereza, ofrece su mano á la hija de la *Viudina*; parten del robledal alegres; llegan al palacio del conde, que tal dignidad alcanzaba el desconocido, y celebran sus bodas <sup>1</sup>.

en muy notables accidentes, hermanándose más con el *romance*, á que damos en nuestra coleccion el título de: *El honor vengado*, bajo el número XXVII. Es de advertirse que todos tres cantares insisten en una misma asonancia, y que mientras en la version portuguesa se atribuye desde luego á la heroína la condicion de romera, diciendo:

Por aquellos montes verdes  
una romeira desçia, etc.,

no se alude siquiera, ni en el de *La hija de la Viudina* ni en el del *Honor vengado*, á semejante condicion. Garret no sospochó la existencia de estas versiones asturianas.

<sup>1</sup> Lleva en nuestra coleccion el núm. XXII.

Más dramática y terrible es la leyenda de *Delgadina*, como es también más conocida en toda España, merced á multiplicadas versiones, formuladas todas por la musa popular <sup>1</sup>. Delgadina es la última de tres hijas, que tenía un rey, quien enamorado de ella, intenta gozar su amor. Horrorizada la princesa, rechaza tan infame demanda, siendo encerrada por mandato de su padre en oscura torre, donde la mortifican al par angustiada sed y hambre devoradora. Ansiando consuelo, asómase la infeliz á una ventana; y divisando á sus hermanos, pídeles *agua*, para templar las ardorosas fatigas que la matan; pero en vano. Irritados aquellos, la cargan de insultos y aun maldiciones, que repiten sucesivamente sus hermanas y su madre, hasta verse aquella forzada á dirigir la misma súplica al incestuoso padre, quien juzgando logrados sus deseos, ofrece un reino al primero de sus pajes que suba á la estancia de Delgadina un jarro de agua. Al llegar el primero, había dejado de existir Delgadina: su padre moría al par; y mientras el lecho de la mártir se veía

<sup>1</sup> Es en efecto la tradicion de Delgadina una de las más generalizadas en el suelo español por medio de la forma popular de los *romances*; y no sólo en Asturias, sino en Navarra, la Rioja y Aragon, hallamos notabilísimas versiones, habiendo cundido de igual suerte á las comarcas andaluzas, donde se cantan todavía, principalmente en la Serranía de Ronda. Las variantes, que al comparar todas estas versiones encontramos, son de tal naturaleza que les imprimen sello especial, confirmando plenamente las observaciones que hicimos al tratar de la fijacion de estos cantos populares (tomo II, *Ilustracion IV*). Limitándonos ahora á las más interesantes, no olvidaremos la portuguesa, recogida por el ya citado Almeida Garret en su *Romançoiro* (tomo II, pág. 109) bajo el título de: *Sylvaninha*. Este docto investigador sostiene que sobre ser antiquísima en Portugal aquella tradicion, nada tiene de castellana (pág. 101), ignorando que poseian las hablas de la España Central, y aun de Navarra y de Aragon, tan variadas versiones. No entraremos aquí en la cuestion que desde luego se ofrece, respecto de la prioridad y aun originalidad de esta leyenda: sobre conceputar estéril semejante disquisicion, bástanos tener presente que la misma riqueza de las versiones castellanas le asegura en el suelo central una antigüedad respetable, siendo de observar que no son las asturianas las que menos abundan en rasgos primitivos, por lo cual no pueden ser despojadas de aquel legítimo galardón, en contrario de las indicaciones del diligente Almeida.



rodeado de ángeles, cercaban el del rey los espíritus del Averno (degorrios) <sup>1</sup>.

Melancólico y triste, como sencillo y original por extremo, es el *romance de doña Ana*. Salido á caza don Pedro, esposo de aquella hermosa niña, vése acometido de mortal dolencia; torna á su casa y ruega á su madre que oculte su inevitable fallecimiento á doña Ana,

que como es ninya pequeña  
de muerte se moriría.

Muerto el caballero, oye la niña tocar las campanas sin sospechar su desgracia; y llegada la hora de ir á misa, para cumplir sus devociones, pregunta á la anciana qué vestido ha de ponerse. La discreta madre le dice que asienta á su blancura el vestir de negro; pero doña Ana se resiste, por ser aquel tributo que sólo debe pagar á la muerte de su esposo; y mientras todas sus doncellas van de luto, aparece *ella de pascua florida*. Primero de boca de un pastor, que halla en el camino tocando *la guacina*, despues por testimonio de las gentes, que fijan en ella sus miradas, y finalmente por declaracion de un caballero, que la desamaba, llega á entender doña Ana su desgracia, mostrando públicamente su dolor y sucumbiendo á la pena que la devora <sup>2</sup>.

Tiene el romance de *La Esposa fiel* sus correspondientes en las tradiciones portuguesas con el título de: *A bella Infanta*, y en las catalanas con el de: *La vuelta del peregrino* <sup>3</sup>. Labran-

1 Números XXIII, XXIV y XXV de nuestra *Coleccion*.

2 Núm. XXX de nuestra *Coleccion*. De esta singular leyenda no hallamos equivalente, ni vestigio en el *Romançeiro* de Almeida Garret.

3 *Romançeiro* citado, tomo II, pág. 7; *Poesia popular*, Romancerrillo. Guarda además alguna analogía con el romance incluido en las antiguas colecciones castellanas, que empieza:

Estaba la linda infanta  
á la sombra de una oliva, etc.

Reconocida la analogía del asunto en todas estas formas, conviene advertir que la mayor semejanza existe entre la version asturiana y la por-

do paños de seda estaba la solitaria esposa, cuando vió venir por lo alto de la sierra un caballero, que tornaba de la guerra, al cual pregunta si habia visto en ella á su esposo, cuya ausencia lloraba hacia ya siete años. Por las señas, que el caballero le ofrece, sabe la infeliz que habia muerto aquel en la pelea, entregándose á la amargura. Prométele entonces el desconocido llevarla consigo á sus tierras; niégase ella con mayor dolor, y penetrado el caballero de su fidelidad, descúbrese al fin, trocando en alegría la pena de su amada <sup>1</sup>.

No menos sencillo en su idea generadora, si bien de más vivo interés y de sabor más novelesco, es sin duda el romance de *Arbola*, cuya patética historia echó tambien raices en el suelo portugués, hasta el punto de ser tenida por original, desconociendo los más autorizados críticos la existencia de esta redaccion castellana <sup>2</sup>. *Arbola*, que es hija de rey, espera en el por-

tuguesa. La última es sin embargo más completa, debiendo notarse que insisten todas en distintas asonancias.

1 Es el núm. XXVIII de nuestra *Coleccion*.

2 El ya celebrado Almeida Garret la juzga en efecto *portuguesa de nazença*, no descubriendo vestigio alguno de ella en *colecção castelhana* (tomo III del *Romançeiro*, pág. 39). Cuando dió Almeida á luz su *coleccion*, no existia realmente entre los cantares castellanos que forman los *Romanceros* la bella tradicion de *Arbola*, que es la misma publicada por él bajo el nombre de *Helena*. El contraste que en ella ofrecen el tipo de la suegra envidiosa, calumniadora y cruel y la nuera sencilla, cariñosa é inocente, es sin embargo común á la mayor parte de las poesías populares de la edad-media, trascendiendo á las literaturas eruditas, ora por medio de la poesía, ora por medio de la novela. Sin salir de la Península, vemos ambos caracteres bosquejados por la musa catalana, tal como prueba el romance titulado: *La vuelta de don Guillermo* (Milá, *Poesia popular*, página 119), y no otra cosa hallamos en los *Cantos populares de Provenza*, sacados á luz por Dámaso Arbaud, donde con el título de *Pourcheireto* se reproduce la misma tradicion y pintura de caracteres, bien que más semejante á la catalana que á la asturiana, lo cual tiene perfecta explicacion, recordando las frecuentes relaciones de ambas comarcas. El romance de *Arbola* se aproxima en cambio extraordinariamente al portugués de *Helena*, si bien su terminacion es más terrible y trágica. Por esto es más sensible que el docto Almeida no sospechase siquiera que en las montañas de Asturias formaba tan bello canto popular la tradicion por él recogida en las regiones portuguesas de Entre Miño y Duero.



tal de su palacio la vuelta del conde Alforgo, su esposo, que andaba á caza, cuando sintiéndose acometida de dolores de parto, muestra á la madre de aquel deseos de parir en los palacios de su padre, exclamando:

—Oh palacios, los palacios!  
palacios del Valledale!  
el rey mi padre vos fizo!  
¿quién fuera parir allae?

Dominada de torpe ojeriza y movida de espíritu de venganza, facilita la suegra el intento de Arbola, y mientras se dirije esta al Valledal, con la esperanza de que atenderá aquella al servicio de Alforgo, torna este á su palacio, ya entrada la noche, rendido de las fatigas de la caza. Con solicitud de amante pregunta por su esposa, no sin ingeniosa manera, diciendo:

—Dónde está, madre, el mi espejo?...  
que yo me quiero espejare.  
—¿Cuál espejo quieres, fijo,  
el de oro ó de cristale?...  
Si el de azabache quisieres  
tambien te le puedo dare.  
—Non quiero el espejo de oro,  
nin tampoco el de cristale,  
nin de azabache tampoco,  
magüer me lo quieran dare.  
¿Dónde está mi esposa Arbola,  
que es mi espejo naturale?  
—La tu esposa doña Arbola  
en fuego deben quemare.

La malevolencia de la vieja enciende el corazón del conde con torpe calumnia, y excitado á la venganza, parte luego Alforgo al Valledal, cuyo palacio rodea siete veces, sin hallar quien le abra sus puertas. Al cabo vé asomarse una doncella, la cual le pide albricias por haber dado á luz Arbola un hermoso infante (*un fjuelo muy galane*). Lleno de furor replica el conde, mandando á su esposa que inmediatamente le siga:

Arriba, Arbolina, arriba:  
que es tiempo de caminar;

é si á mandar te lo vuelvo,  
ha de ser con mi puñale.

Respetando los derechos de esposo, cede el rey á la cruel intimación de Alforgo, no sin hacerle responsable de la vida de su hija Arbola, quien sumisa á la voz de su marido, anda tras él en silencio por el espacio de siete leguas, llevando en sus brazos al recién nacido infante. El silencio de la desdichada madre llama al cabo la atención del conde, quien exclama:

—¿Cómo non fablas, mi esposa,  
qual me solias fablare?  
—¿Cómo he de fablaros, conde,  
si non puedo respirare?...  
Los campos por do pasamos  
regados con sangre vane.

Invencible se muestra Alforgo al dolor de la desdichada esposa, prosiguiendo su camino, hasta que llegados á una ermita,

—Alforgo, clamaba Arbola,  
daquí non puedo passare:  
yo mi confesion demando,  
que me quiero confesare.

Confesada Arbola, expira luego, no sin espanto de Alforgo, que oye en aquel instante la triste voz del recién nacido para bendecir á su madre, anunciándole la felicidad eterna, mientras dirigiéndose á él, le dice:

Ay, conde, padre, tu dicha  
non sabemos qual serae;  
mas yo... ¡infelice de mí!...  
que voy á la oscuridade!... 1

Al lado de esta peregrina y trágica leyenda, que ofreciéndonos tres diferentes tipos, acariciados en casi todas las poesías

1 Poseemos dos versiones, que llevan en nuestra *Coleccion* los números XXXI y XXXII. La primera empieza:

Sentadita estaba Arbola  
en su barrido portale.

La segunda:

Arbolina se pasea  
de ventana al ventanale.